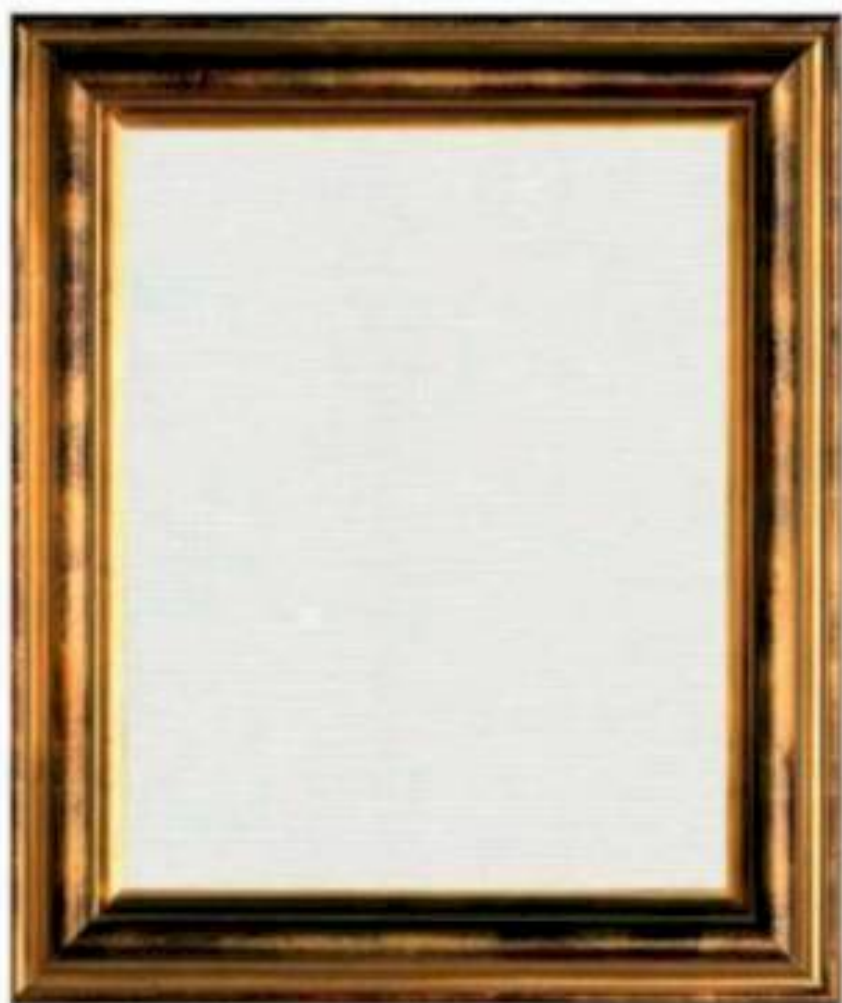


VICENTE VERDÚ
LA AUSENCIA



*El sentir melancólico en un
mundo de pérdidas*



LA AUSENCIA

Vicente Verdú

LA AUSENCIA

El sentir melancólico en un mundo de pérdidas

la esfera  de los libros

Primera edición: septiembre de 2011

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Vicente Verdú, 2011

© La Esfera de los Libros, S. L., 2011

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9970-018-2

Depósito legal: M. 27.000-2011

Composición: IRC, S. L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Huertas

Encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

Nota preliminar	13
Prefacio	17
1. Desaparición total	19
Condenarse a ser feliz	21
Ciegos mercados	23
II. La volatilidad de lo visible	25
La cultura de arena	27
El hogar desnudo	30
Lastre cero	32
Pantallas para pantallas	34
III. La atracción del cielo	37
Espejos transparentes	38
El avatar da vida	42
IV. Blanco y gratis	45
El miedo mortal	47
Todo gratis	48
Y la «nube»	51
V. El luto político	53

<u>Las mentiras políticas</u>	54
<u>El circo vacío</u>	58
<u>VI. Los relámpagos</u>	63
<u>La cultura corta</u>	64
<u>El texting total</u>	68
<u>El saber de la fisura</u>	72
<u>VII. La mirada del vacío</u>	75
<u>La ausencia del amado</u>	79
<u>La visión de la ceguera</u>	80
<u>La creatividad de la escasez</u>	82
<u>El prestigio de la lejanía</u>	85
<u>VIII. Músicas para recordar</u>	87
<u>Música o nada</u>	89
<u>El valor del silencio</u>	92
<u>IX. Proyectos sin fin</u>	95
<u>Los hijos solos</u>	98
<u>X. El mar de la melancolía</u>	107
<u>Oros y heridas</u>	110
<u>El consomé melancólico</u>	112

<u>El alumbrado mágico</u>	114
<u>XI. El plomo del yo</u>	119
<u>El lujo de la pareja</u>	122
<u>El hacinamiento nos mata</u>	124
<u>XII. La identidad lejos de mí</u>	129
<u>El espejo y yo</u>	131
<u>El ojo del otro</u>	138
<u>XIII. El amor negro</u>	143
<u>La pareja que se va</u>	153
<u>XIV. Las voces del dolor</u>	157
<u>El consuelo del dolor</u>	161
<u>El bien del dolor</u>	163
<u>Vivir sin sufrir?</u>	165
<u>XV Agua para olvidar</u>	169
<u>La contumacia del agua</u>	171
<u>O estargordo</u>	172
<u>Las puertas abiertas</u>	175
<u>XVI. La elegancia de la muerte</u>	179
<u>Los que han muerto</u>	181
<u>Los libros de los otros</u>	184

La piedra funeraria	187
El color del veneno	190
Epílcgo	193

*Para todos los seres que quiero
y ahora no puedo abrazar.*

NOTA PRELIMINAR

T

odo libro bien nacido nace del corazón. Y el corazón, en mi opinión, es quien lo lleva, lo vigila y lo alimenta.

Concretamente esta obra, un testimonio de biografía antes que de bibliografía, fue impulsada, al principio, por la fuerte ausencia que excavó a mi alrededor la muerte de mi mujer y cuya oquedad pesaba incluso más que las toneladas de cariño que conservaba y mantengo vivas.

De ese julio de 2003 hasta ahora han pasado más de ocho años, pero queriendo, alguna vez, hablar de ese dolor, se extraviaba la ocasión, ahogado como estaba en la dolencia o, simplemente, flotando sin proyecto.

Fue, más tarde, cuando pude distanciarme de esa relativa invalidez y llegar a pensar que de ausencia padecemos todos, cuando, con el cariñoso estímulo de Ymelda Navajo en 2010, comencé la tarea de llenar estas páginas.

La ausencia entonces, ya en plena crisis económica y social, significaba también la falta de casi todo, desde el conocimiento suficiente para afrontar el problema a la paralela ausencia de trabajo, de liquidez, de líderes, de confianza, de moral y de muchos otros importantes asideros.

Del contenido de mi corazón al contenedor de la Gran Crisis. Empezaba expresándome en términos particulares y la letra rebotaba en circunstancias sociales; trataba mi ausencia, examinaba su valor y notaba que la emoción

primera y personal, cada vez más esparcida, funcionaba en la meditación como el discurrir de este vehículo que siendo de un lado un libro es de otro un fuerte pedazo de vida. La ausencia, tratada así durante intensos meses, permitió también filtrar la arena y crear el contraluz de la presencia. Y del presente. Este presente global privado de ideas, poblado de fantasmas y anorexias, eviscerado de fe, antecala del fin mortal de una época.

En definitiva, para ayudar a que se entendiera mejor este texto he creído necesario contarlo, aun brevemente. Todos los libros, por lo demás, son mejores si alguien, antes, nos los cuenta habiéndolos sentido.

Estas páginas empapadas de su primer motivo empiezan refiriéndose al hecho de la ausencia en cuanto un mal global de nuestro tiempo. Ausencia moral e instrumental que se padece en casi todos los órdenes a través de la pérdida de referentes, de ideas y de remedios. Pero este análisis, que quizás no hubiera abordado con tanta convicción en otras circunstancias, en la segunda parte del libro, refiere la emoción de la ausencia en de este modo el libro se confiesa. Todos los libros necesitan, al cabo, confesar su procedencia emocional, se trate de libros de literatura o de medicina. En mi caso, de uno y otro territorio, literario y medicinal, emocional y crítico, se componen estas páginas, mitad sociología de la experiencia y mitad experiencia a secas.

PREFACIO

La ausencia es una víscera. Y no posee lugar exacto puesto que, efectivamente, se trata de la misma ausencia.

Pero el lugar ausente de la ausencia, sin embargo, palpita, saliva y existe. Está y está vivo. La ausencia conduce, clama, desconsuela y, en consecuencia, manifiesta el malestar de su ser. Un ser nacido del malestar. Un ser nacido del malestar hasta llegar a no estar. Bien o mal, no estar en absoluto.

No se localiza, pues, en punto alguno, y aun palpitando en el organismo, es imposible de extirpar. Paradójicamente, una supuesta extirpación de la ausencia conduciría al reforzamiento de su entidad. De hecho, cada vez que en la ausencia se interviene o apenas la memoria la roza, su condición se remueve y baña su entorno de un vómito presencial. Cada vez que sobre la ausencia se recae, aun siendo dulcemente, su volumen aumenta como un cosmos. Posee así el comportamiento tan monstruoso como infeliz de los animales que ante un acecho se hinchan y, empeorando su apariencia, se vuelven más temibles y difíciles de mantener nuestros sentidos en él.

No hay nada dentro de la ausencia. No hay otra cosa dentro de la ausencia que la nada que segrega nada, desesperación e impotencia. Ni un sonido ni una vibración, solo la silenciosa ondulación de una náusea que nace como parte del fondo de la ausencia. Y no se conoce supuesto que pueda taponar esa boca visceral y su ahogo de vida y

silencio actualizados. Ella misma es, por definición, el silencio y el recuerdo en vivo.

No está en ningún lugar, no dice sino el silencio, no expresa sino el borbotón doliente de la nada. Ni puede verse ni puede asirse, tal como un condenado sin rescate ni redención.

Su función orgánica, puesto que se trata al fin y al cabo de una víscera, es comunicar sin trueno lo físico con lo metafísico, la realidad con su imago, su permanencia con el tormento de una figura que se abulta en el revés caudal de lo que no se ve.

|

DESAPARICIÓN TOTAL

Los investigadores han logrado un material que, al aplicarse como una capa, hace invisibles los objetos que cubre. En los trabajos de invisibilización publicados en las revistas Nature y Science la segunda semana de agosto de 2008, los expertos afirmaban que, aun siendo un gran paso, la composición empleada es difícil de fabricar y su efecto no es tan espectacular como el que se contempla en las películas de Harry Poner. Pese a ello, no se descarta llegar a conseguirlo en toda su perfección. El material aplicable ahora se compone de óxido de aluminio con nanocables de plata y es diez veces más fino que el papel. Su sueño es la producción de una antipresencia o, lo que sería lo mismo, la ubicación del todo en la inalcanzable y fina abstracción de la ceguera.

La sensación de ausencia caracteriza significativamente esta época. Ausencia antes y durante la Gran Crisis. Ausencia en el horizonte imaginable tras ella. Desde un mundo que acaba a otro que apenas se atisba cunde una atmósfera vacía o vaciándose de proyecto y valor.

La religión hundida, las utopías evaporadas, los valores extraviados, las jerarquías abatidas, la autoridad refutada, los padres desnortados, las instituciones desacreditadas han compuesto un círculo que recalca, por su lado, la patraña del arte, el fin de la confianza y el empleo fijo, el arrasamiento de casi cualquier afianzamiento o, en conse-

cuencia, el predominio del vacío, la vacuidad y el peso cero.

El posmodernismo fue, desde finales del siglo xx, la palabra ambigua que tapaba el desorden y designaba lo que en verdad no significaba tras el fin de la modernidad. El fin de la modernidad y con ello la caducidad del arsenal de referencias seguras. Porque abatido el sistema de certezas, en su lugar aparecía un solar.

¿Para levantar una nueva torre, otro ideal? Nada de nada. Un solar vasto destinado a especular. Especular o crear mediante un delirio de imágenes repetidas, reflejándose entre sí, el colapso de lo mismo obcecado en lo mismo: la Gran Crisis de época, y no solo financiera, sino la Gran Crisis de un destino despojado de sentido y alzándose el futuro como una figura blanca en la que se funden el no saber qué hacer con el no saber qué creer, «Otro mundo es posible». Otro mundo que gana prestigio gracias a su ausencia. No habiendo nada aquí, es probable que no haya tampoco nada allá, pero la dificultad de comprobación es tanto mayor cuanto más lejos se sitúa el vacío. Y por añadidura, el acuciante anhelo hace ver en la ausencia la promesa de toda salvación. La extraña espacialidad por la que discurrimos ahora sería así igual a un mundo que, perdida su sustantividad, vive en la contingencia, grave o banal, arbitraria en fin, balanceándose en el fulgor de la ausencia. Una ausencia que, de seguir imperando, terminará por diluir cualquier residuo y provocará un vuelco por el que el cuerpo deducirá, de su insoportable angustia, el impulso para rehacer la calidad del menú.

Condenarse a ser feliz

Cuanto más rica es la sociedad, más aumentan los desechos. Cuanto mayor es la ganancia, mayor es el desperdi-